

La verdad, la razón, la justicia, el derecho no han menester para su justificación y defensa de los desbordamientos del lenguaje, del denigrante impropio, de la especie calumniosa, del deshonroso ditorio, del calificativo que degrada, de la vileza que deprime y mancha y salpica el rostro de quien la arroja, como escupidura que se lanza al cielo.

El lenguaje de las buenas causas, es correcto, mesurado, cortés y generoso; porque en su bondad misma, en su virtualidad inmensa, llevan el hábito que las fortalece y vivifica rasgando el sucio velo con que la mentira vil osare impedir que brille con todos sus fulgores la esplendorosa luz de la verdad.

¡La luz de la verdad! Monstruo gigantesco, enemigo titánico y pavoroso del falsorio y del hipócrita: ¿por qué no deshaces los planes diabólicos de la mentira y del vilipendio? ¿cómo no castigas a los que no te conocen y te ultrajan, a los que tienen ojos y no te ven porque les falta la luz de la conciencia y del espíritu? Ah! es que la verdad es hija del cielo y no alcanzan a mancillarla los repugnantes esputos del error, del embuste y de la injuria. Todo lo más lanza un rayo de luz sobre la frente impura de quien la profana, para dejar allí marcado, con caracteres indelebles, el más afrentoso de los estigmas: el de calumniador.

Por eso el calumniador solo debe figurar entre la asquerosa escoria de las hediondas miserias humanas: es un miembro podrido que debe mutilarse aislando su contagio de los pueblos cultos y de la sociedad de los hombres.

Vedle: su espíritu es flaco; pero de esa misma flaqueza sacará las energías convulsivas del epiléptico, del cinico, del audaz, del osado, para herir con el dardo envenenado de la injuria lo más digno de respeto: la virtud, el honor, la caballerosidad, el buen nombre, la fama, el crédito, el recto proceder, empresas laudabilísimas, cristianas intenciones, desinteresados propósitos, todo cuanto de honrado y noble puede oponer obstáculos a sus abyectas pasiones, a sus miras rastroseras, a sus egoísmos refinados y bajas ambiciones.

La traición y la cobardía son cualidades características del calumniador. Os brindará amistad con la sonrisa en los labios para herir vuestra honra por la espalda y a mansalva. Le vereis, sin embargo, arrastrarse cual reptil inmundado ante el fuerte y el poderoso hasta mojar sus plantas con la baba de la adulación; pero ¡ay de vosotros si caéis vencidos, debilitados por la lucha!.. porque entonces, aprovechando las ventajas de su situación clavará en un momento de descuido sus garras infamantes y acercadas sobre la indefensa víctima.

Pobres y modestos periodistas, oscuros soldados del progreso, desdichados obreros de la inteligencia: yo os bendigo y os admiro. Vuestra labor noble y redentora merece bien de los hombres

de buena voluntad: bien haya vuestro empeño nobilísimo de servir con vuestra pluma y vuestro ingenio toda empresa justa, desinteresada y patriótica: brillen enhorabuena y por vuestro laudable esfuerzo los esplendores de la verdad y arrebatad la máscara hipócrita de la faz de los malvados; pero guardaos, guardaos mucho, de ese vuestro sempiterno é irreconciliable enemigo antes que caer en la espesa red de sus arteras asechanzas.

Calumniador que no tiembles ante los destrozos irreparables que ocasionas con tu lengua ponzoñosa; mordedor de prestigios y reputaciones acrisoladas; ladrón de honras que no restituyes, ¡maldito seas!

El áspid mortífero de tus odios, rebotando en la conciencia inmaculada de tus víctimas, se volverá contra ti á clavarse en tu misero y execrable pecho. ¡Maldito, maldito seas!

¡El peso de la Justicia divina y de la indignación humana caiga inexorable, cual anatema horrendo, sobre tu cabeza venal y espúrea!

Insensato a quien ciega la soberbia y devora la sed de la venganza: ¡yo te compadezco... y te desprecio! —F.

### ACTUALIDADES

—Buenas noches D. Benito.  
—Adios, inocente poeta: doy como cierto que vés a pasar aquí la noche.

—Hombre, tanto no señor, me estaré hasta las doce.

—Gracias, amigo mío, así hablaremos del *Manifiesto*. ¿Lo has leído?

—Sí, señor. ¿Y V?

—¡Vaya si lo he leído! y por cierto que el tal Simplicio corta y raja de lo lindo.

—Qué quiere V.; los santos no pueden hablar de otra manera. ¿Cómo quiere V. que los limpios de polvo y paja se confundan con los mercenarios, asalariados, innobles, inconsecuentes, etc. etc.? ¡Hace bien! en todo eso imitan á aquella escandalosa prostituta que no se cansaba de cantar á todas horas esta seguidilla

A decente y honrada  
nadie me iguala  
por más que malas lenguas  
digan soy mala.  
Rezo y confieso  
y soy una jamona  
de mucho peso.

Y ya comprenderá V. por el contenido de esta y por quien la canta aquello de que «siempre habla de miles duros el que no tiene una peseta».

—Precisamente se parece lo que acabas de decir á lo que ya sabes que me pasó no hace mucho en el barrauco que hay entre la cuesta de quitapellejos y la de arrebatapajas, cuando el jefe de una cuadrilla de saltadores queriendo aligerarme del peso que llevaba en los bolsillos, se me plantó delante y me soltó la siguiente redondilla:

Si quieres la absolución  
y no padecer tormento,  
es preciso que al momento  
sueltes la bolsa, ladrón.

Pero dejando á un lado recuerdos tristes vengamos al *Manifiesto*: ¿tú te has fijado bien en los seis párrafos de la cláusula primera?

—Ya lo creo: el primero de ellos no es otra cosa que un cúmulo de disparates; ¡ha visto V. en su vida un cinismo semejante y un modo de mentir más descarado? y vea

V. para qué? Para que cual bala disparada sobre plancha de acero se vuelva sobre el atrevido que lo hace y le hiera sin compasión. ¡Cuidado que es gracioso aquello de «arrancar el disfraz de la audaz hipocresía con lo mano fuerte de la sinceridad y caballerosidad cristianas». Ni el blasfemo más impío concibe otra mayor; tengo la seguridad que si un amigo lo oyera diría: ¡ahomre, Simplicio, modérate un poco, mira que si blasfemas me levanto; ¡si esa máscara que tú pretendes arrancar es la que te han arrancado á tí: á tí que has estado muchos años cubierto con el manto de la hipocresía ocultando bajo sus pliegues lo que no quiero decirte.... En fin, D. Benito, pongamos punto, por que estoy viendo que se me vá el santo al cielo, y no quiero que me coja aquello de

Se pelearon may Huertas  
y su vecina,  
cargando la inocente  
con la letrina.  
Sucia está aquella  
y por santificarse  
le arma querella.

—Y qué me dices del párrafo segundo?  
—Nada, por que es tal la simpleza de s estilo, usa formas tan incorrectas y hac afirmaciones tan fuera de sentido común que disparates de ese tamaño no se le hubieran ocurrido al que asó la manteca; y que más me llama la atención es, que ofendan á los que tantos favores les han dispensado, y vengán á adular á aquellos de quienes, por sus opuestos credos políticos, d bieron estar, tan distantes como el dial de la Cruz; pero no debe sorprendernos, ¡que como vivimos en el país de las anorlias, de ahí resulta que todo marcha al véis; y como de costumbre, pagan los farres con la más negra de las ingratitudes

—Pues mira, con su palabrería insultate quizá engañen algunos incautos, que estén al tanto de lo que hay; pero lo que á mí, no me sorprenden: yo les aplico en te caso el cuento aquel en que unos esdiantes robaron el burro al campesino q dando uno de ellos en el lugar de aquel: ro el pobre paleta al ver convertido en ¡sona su jumento hnyó desfavorido; ¡que al ir á comprar otro en la próxima fevió su burro de verdad, y pasándole la no por el lomo le dijo, así algo escama: «El que no te conozca que te compre, te vuelves estudiante»; y eso digo yo ese: el que no te conozca que te crea, q mí no me engañas.

—Veo que está V. en lo firme con no crédito á tanta insolencia.

—En fin, dejemos eso, y vamos al pfo tercero: ¿qué juicio has formado de é

—¿Quién, yo? ninguno. ¿V. cree que quien se atreva á hacer comparació? Créo V. fácil que haya ing uno bastamente ilustrado para poder analizar ni cifrar ese enigma ó rompecabezas? Cu leo que á los redactores de LA OPINIÓ llaman «parleros sin sentido ni conciegentes de mal agüero, propaladores de ticias absurdas, que excitan al pueblo tra personas que no está empañada su con la más tóuue sombra (¡alabado sea Dios!) que son gentes inconsecuentes roban sin datos ciertos, que son unos tes y expúreos merceuarios, que ello limpios) no se detienen en volver el por no sonrojarse (limpiate que est huevo) y apartan las ojos con horro doior!) y el estómago con asco (¡hay chasco!) y que son gentes que no me se les conteste ni se les oiga,» me se ¡ como diría Guevara, los pelos de ¡ ¿Qué le parece á V.? A nosotros si q da asco leer tanta insolencia, y con más razón cuanto que salen de boc mundas: y todo ¿por qué? pues porq mos cumplido el deber de arrancarles